

Inteligencia como profesión: ¿Ser o estar?

Por Jorge E. Tello Peón

Director de Madison Intelligence

Co-director del Centro de Estudios sobre Seguridad, Inteligencia y Gobernanza del ITAM

¿Quién quiere ser profesional de inteligencia? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Es interesante? ¿Trascendente? ¿Útil para la comunidad? ¿Peligroso? ¿Lucrativo?

En México, en particular, y en América Latina, en general, no hay una cultura de inteligencia. No hay conceptos, principios, lenguaje, valores y costumbres en el tema, que sean compartidos por las comunidades nacionales, aceptados en lo general y adaptados a las realidades concretas de estas sociedades. Todavía hoy, los especialistas en temas de inteligencia estudian y se documentan en la teoría y la práctica aprendida en el extranjero, señaladamente en Estados Unidos, Europa e Israel.

Los sistemas de inteligencia trabajan en torno a las estructuras de poder y las agendas de riesgos y oportunidades. Muy poco se pueden comparar las realidades de los países desarrollados con lo que se vive en los países llamados emergentes; la realidad sajona con la latina; Europa con América; el cercano oriente y el conflicto judío-palestino, con Centroamérica, Colombia, Brasil o Argentina. Y, sin embargo, aquí se aprende en sus libros y sus escuelas.

Sin despreciar los esfuerzos que se han hecho en los últimos cincuenta años en México, especialmente en el sector militar, en el Cisen, después, junto con el INAP y, más recientemente, en las instituciones de educación superior y el sector privado, permanece la enorme confusión de conceptos y vicios en la práctica, que dejan a la inteligencia en el nivel de oficio y todavía muy lejos de alcanzar las características de una profesión madura. Las categorías prevalecientes no permiten distinguir los niveles de abstracción propios de un campo de conocimiento y actividad humana bien desarrollado: robusto, coherente, inequívoco y práctico.

Se dice que una profesión cumple con tres condiciones básicas: **identidad**, que le da sus habilidades y destrezas únicas; **reconocimiento**, que le ofrece la comunidad a la que sirve; y **compromiso**, que asumen quienes la ejercen, para

generar valor al grupo social al que pertenecen. La sociedad los aprecia y sus miembros se identifican entre sí. Al profesionalista se le distingue y aprecia, pero también se le exige el desempeño de un papel determinado.

No en México. No todavía.

Al término de la Edad Media y con el advenimiento de la ilustración, el aprendiz salió del taller para ingresar a la universidad. La división del trabajo empezaba a distinguir y especializar, reconociendo no solo tareas distintas sino niveles de abstracción diferentes. El arte de pensar antes de actuar. La academia de Platón ya lo sabía para la filosofía: se postulaba como condición *sine qua non* saber geometría para entender el mundo.

La carrera militar también se adelanta a su tiempo. La necesidad que impone el rigor de la guerra permitió muy pronto diferenciar la visión estratégica de la operación: al soldado del general; al sargento del mayor. Había que ir al punto elevado para ver la batalla en su conjunto. Es cierto, la urgencia y las condiciones de supervivencia hacen volver siempre a lo básico, lo físico: matar o morir; tal vez correr y, en el extremo, actuar sin pensar.

En las áreas de conocimiento con especialidades técnicas como la medicina y las ingenierías, muy temprano se empiezan a distinguir las tareas operativas de las funciones tácticas, y éstas de las estratégicas. En la arquitectura, se distingue el trabajo del artista como especialista del manejo de los espacios, las texturas, volúmenes y colores. Se acepta que existen profesiones y oficios asociados pero distintos: el de las soluciones técnicas como el de los estructuristas o las habilidades de operarios y artesanos.

¿Y la inteligencia? Para algunos autores es “la segunda profesión más antigua del mundo”.¹ El hombre recolector y cazador habría de aprender muy pronto los signos de la naturaleza, para saber dónde y cuándo: empezó a “ver lo invisible”. La quietud en la selva era advertencia de peligro y, así, también se aprendió a “oír el silencio”. No era magia, era la capacidad de distinguir relaciones de causalidad, lo que daba ventaja al buen cazador.

¹ Knightley, P. (1986). *The Second Oldest Profession: Spies and Spying in the Twentieth Century*. Nueva York: W. W. Norton & Company.

Había que “saber a tiempo” para sobrevivir. Desde la torre más alta se podía ver antes; la campana más grande se oía desde más lejos; el centinela que no dormía era quien podía adelantarse y advertir el peligro.

Por otro lado, también se aprendió a ser discreto: apagar la luz, bajar la voz, disimular, aparentar. A veces hay que esconderse, y es tan importante saber dónde que saber cuándo y saber de quién. Saber por qué.

Sun Tzu, en *El arte de la guerra*, hace dos mil quinientos años, ya refiere la importancia de anticiparse y saber: “No será ventajoso para el ejército actuar sin conocer la situación del enemigo, y conocer la situación del enemigo no es posible sin el espionaje”.

Si todo eso es cierto, ¿por qué en México la primera escuela militar especializada en inteligencia se estableció en la última década del siglo XX? ¿Por qué la primera agencia de inteligencia civil mexicana, el Cisen, se formalizó hasta 1986? Los esfuerzos previos, desde el Departamento Confidencial de la Secretaría de Gobernación (1929), el Departamento de Investigaciones Políticas y Sociales (1942) o la Federal de Seguridad (1947), tenían pocos elementos de una organización formal de inteligencia y respondían más a intereses de grupos y facciones.

No es la intención hacer la historia de la inteligencia en la región. El hecho relevante es que no se institucionalizó y la función fue dominada por la personalidad de los actores de poder en turno.

La respuesta corta es que no se tuvieron los alcances, la visión o la necesidad —los incentivos— para institucionalizar la función. La forma en que se estructuró el poder en América Latina después de alcanzada la independencia de España y Portugal, el desarrollo de Estados Unidos en el siglo XIX, las guerras mundiales, el conflicto Este-Oeste y el *New Deal*, pusieron muy pronto a la región en órbita, alrededor del “sueño americano”.

Se dice que “la necesidad crea al órgano”, pero la necesidad tiene que ser percibida para actuar en consecuencia. Cuando la lógica es la de la inmediatez y el corto plazo, la reflexión y análisis del mediano y el largo plazo, parece superfluo. Irreal. Poco práctico.

Así, la **inteligencia operativa**, el oficio de la obtención de información privilegiada de uso inmediato, ocupó tradicionalmente los espacios y satisfizo las expectativas. Importante y útil como es, resolvió y atendió la urgencia. Como en tantos otros campos, el país y la región se quedó solo con lo superficial, con “la mano de obra barata”, las tareas de poco valor agregado, la actividad elemental... las “materias primas”. Lo otro, lo sofisticado, lo elaborado, lo superior, eso se importó del extranjero.

El inconveniente es que, en este caso, no solo es un tema de interés económico: alta tecnología o alto valor agregado. Conlleva los intereses y prioridades de las naciones y de la región: es el destino del país lo que está en juego. Sin exageración alguna, es la diferencia entre ser actor pasivo o activo: ser sujeto u objeto en la historia.

Como en otros casos, el debate sobre la inteligencia como profesión ha sido si tiene bases científicas —observación, hipótesis y comprobación— o si, acaso, es un arte o solo un conjunto de habilidades y técnicas, que pueden calificarle a lo sumo como un oficio más, como ya se ha dicho.

La inteligencia, como la ciencia toda, tiene por objetivo eliminar incertidumbre: conocer. La naturaleza de esos conceptos —ciencia, conocimiento e inteligencia— es distinta, como lo ha discutido el doctor Ángel Pérez Ruzafa,² pero se relacionan y no pocas veces se confunden. La ciencia es un método, la inteligencia un proceso y el conocimiento el producto. La discusión aquí es sobre la profesión de “hacer inteligencia”.

La pregunta es: ¿el profesional de inteligencia nace o se hace? Por supuesto que las técnicas y habilidades que requieren “maestría” exigen capacitación y entrenamiento. Se pueden habilitar, pero ¿qué hay de la capacidad de crear? También es un arte. Es una capacidad “dada”, que se puede cultivar, prodigar, promover, acrecentar, siempre a través de la disciplina, de la observación, de la paciencia y de la práctica.

¡Cuántas novelas y películas de inteligencia! De espionaje. Historias reales y ficticias. Mitos y realidades. Se atiende la necesidad del hombre de creer que

² Pérez, A. (2018). *Ciencia, conocimiento, inteligencia y ...* Recuperado el 5 de diciembre de 2018 del sitio web de la Academia de Ciencias de la Región de Murcia ([ver](#)).

todo tiene una explicación racional: una razón de ser. La “teoría de la conspiración” que desentraña cadenas de causalidad que nada dejan al azar. Siempre hay una explicación lógica que descubrir, porque “¿cómo lo vamos a creer?”... “¿creen que somos tontos?”... “alguien está detrás de todo”... “no hay casualidades”... “no hay coincidencias”.

Todo eso es cierto... y no.

El misterio y la sorpresa, como parte de la naturaleza humana, son origen de peligros y oportunidades perdidas, porque “el que no sabe es como el que no ve”. No extraña que miles de años de evolución hayan sembrado en el genoma humano el placer de saber. Es, efectivamente, un tema de supervivencia y de supremacía.

Pero, así las cosas, todo es inteligencia. Nos estaríamos refiriendo a la inteligencia humana y no a la profesión de inteligencia.

¿Cuántas definiciones de inteligencia o de sistemas de inteligencia se conocen? Es un concepto universal, por más que pueda parecer un exceso el haberse apropiado del término. Sin embargo, la confusión persiste.

Inténtese de nueva cuenta: **inteligencia** (para las organizaciones) **es el proceso lógico y sistemático para producir conocimiento operable, cuando éste no es perceptible a las capacidades (o sentidos) de las estructuras orgánicas de que se trate.**

Tiene razón el doctor Roy Godson cuando subraya que el común denominador de la inteligencia como profesión es el **secreto**. Pero el concepto implica voluntarismo del que esconde y, así, se limita el alcance real de la categoría de la inteligencia: **descubrir** y **evitar la sorpresa**; convertir la incertidumbre en riesgo y, acaso, el riesgo en oportunidad. ¡Ambicioso, sin duda!

Aquí surgen nuevas preguntas: ¿no es el campo de la ciencia forense o de la prospectiva? Para la inteligencia son solo herramientas; las reconoce como especialidades independientes. La inteligencia como profesión articula, para su fin, un sinnúmero de instrumentos del conocimiento humano: matemáticas, filosofía, historia, geografía, antropología, psicología... y suma a

ellas todo tipo de recursos técnicos como la informática, la investigación de operaciones, la probabilidad o la estadística.

¿Todo? Se dice que cuando pretendes ser “todo”, entonces eres “nada”.

En eso radica la dificultad del concepto. Y, sin embargo, hay profesionales del tema. Verdaderos especialistas, instituciones centenarias y enormes presupuestos. ¿Por qué? ¿Cuáles son los límites? Una forma simplista de verlo es equiparar la profesión a una función concreta. Así se delimitan los alcances de la tarea...del oficio: “Aceptémoslo”, dirán algunos... “estamos hablando del **espionaje** y eso soluciona todo”. ¡Falso!

Como lo ha discutido el doctor Manuel Balcázar,³ la “información abierta” es la fuente más importante para la producción de inteligencia en la era de la información. Por supuesto que todo sirve, **la información privilegiada** puede ser especialmente útil, pero los métodos de obtención también califican. La inteligencia no es espionaje. Sin menoscabo de la tarea como método de obtención de información confidencial y secreta, es, en cualquier caso, apenas el principio de la producción de inteligencia: **recolección de información o investigación**.

La cuestión ética también habría que abordarla. El crimen organizado también hace inteligencia. Los médicos saben de la importancia de distinguir fronteras. Para la profesión de inteligencia también tendría que haber un juramento “hipocrático”, para “**hacer lo que hay que hacer, sin equivocarse**”: hacer lo que se tiene que hacer, no solo considerando lo que se puede hacer, sino lo que se debe hacer.

Las posibilidades crecen con las perspectivas amplias. Lo imposible deja de serlo, las prioridades cambian y los costos y el dolor disminuyen. A cambio, solo se necesita tiempo y disciplina: temple. **La inteligencia estratégica es una profesión de temple**.

No es sencillo. Son cualidades del estadista, del visionario. Actuar “en frío”, en contra de lo que parecería, es mucho más difícil que tomar decisiones graves

³ Balcázar, M. (2012). “Inteligencia de fuentes abiertas: cómo implementar la mejor opción para las agencias gubernamentales en la era de las redes sociales”. *Inteligencia estratégica en el contexto mexicano* (89-110). México: Plaza y Valdés.

en momentos de pasión y apremio, cuando realmente hay pocas opciones y la valentía es fácilmente reconocible y premiada, cuando se tiene éxito o fracaso en muy corto plazo.

No es el caso para las decisiones de alto nivel, visión amplia, largo plazo, impacto estructural que habrá de apoyar la inteligencia estratégica. Los resultados vendrán en el largo plazo y, tal vez, jamás sean asociados con la decisión del pasado, oculta en las cadenas de causalidad de muchas variables.

¿Quién puede ser profesional de inteligencia estratégica? Quien nunca espere que le den las gracias.